



"Nuevos mundos, tradna.  
3 agosto 1917

S-92

# EL FANÁTICO Y EL ESCÉPTICO

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

**F**ANÁTICO es una voz latina derivada de *fanum*, templo, y que equivale á inspirado ó poseído de una divinidad. Su correspondiente griego es *energúmeno*, esto es: poseído. Y hasta cierto punto también lo es *entusiasmado*, es decir, dominado por un dios, ó como si dijéramos: endiosado. Sólo que entre nosotros endiosado quiere más bien decir el que se cree un dios que no el que está poseído de un dios al cual sirve.

El fanático es el poseído de un dios ó por un dios, ó sea por una idea, el hombre de una idea. Y generalmente de una sola ó de un grupo de ellas subordinadas y dependientes de una sola dominante. Es casi imposible ser fanático de varias ideas, de varios dioses, distintas ó independientes entre sí y aunque ellas no se contradigan. No cabe servir á varios señores.

Hay quien es dueño de sus ideas, las domina, y hay quien es esclavo de ellas, dominado por ellas. Como hay cómico que domina su papel y le hay que es dominado por él. Y si alguien sonríe de su propia obra creyéndose él, su autor, superior á ella, no falta quien se sonría de sí mismo estimándose muy inferior á la obra que realiza.

Lo más opuesto al fanático es el escéptico, y el escéptico, en la fuerza toda etimológica de este vocablo griego, el que investiga y no propiamente el que niega. Aunque para investigar es menester dudar, pues el que no duda no pasará de la idea que tiene delante, de la que se le ha dado, de la inmediata, del lugar común más próximo, de aquel concepto cuya aprensión le es más cómoda y más barata.

Al escéptico, al que investiga, le saca de quicio el fanático, el poseído de una idea. Aquí tenéis un escéptico — y escéptico profesional, que hacía profesión de escepticismo —, cual fué Ernesto Renán, que, estudiando los orígenes del cristianismo, se encontró con la fuerte y recia personalidad de San Pablo, el gran fanático, el energúmeno, el poseído de su Cristo, al que decía que no vivía él, sino Cristo en él (Gal. II, 20), y este Cristo, este dios que vivía en San Pablo, era una idea, era la idea de Cristo, que se formó en San Pablo desde su caída en el camino de Damasco. Y Renán, el investigador, el que jugaba con las ideas todas, tropezó con esa idea encarnada, que fué San Pablo, y le dedicó toda una obra, no exenta de malevolencia hacia el hombre á que estaba dedicada.

A los ojos del *dilettante* escéptico, del autor de la oración en la Acrópolis, no podía hallar gracia el fiero fariseo iconoclasta que pasó por Atenas sin que lo conmoviesen las bellezas de mármol de la ciudad de Minerva. También Renán, como los atenienses, pasó la vida enterándose de la última novedad, é inquieto y molesto do la toma de París por los prusianos, en 1870, le alteraba costumbres á la vez que le derrumbaba no pocos hábitos de espíritu y le enseñaba lo que eran los que fueron maestros de su



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



escepticismo.

Comentando el escéptico, Renán, la obra del fanático, San Pablo, decía: «Muchos se atreven á decirse en lo recio de la acción, que el día en que se empieza á ser sabio es aquél en que, libre de todo cuidado, se contempla la Naturaleza y se goza de ella. Pocos, por lo menos, escapan á los tardíos pesares. Apenas hay persona ligada con voto, sacerdote, religiosa, que á los cincuenta años no lo llore, y, sin embargo, persevere. No comprendemos *le galant homme* (dejo esto en francés por creerlo intraductible, pues no conocemos la cosa) sin un poco de escepticismo; nos gusta que el hombre virtuoso diga alguna que otra vez: «¡virtud, no eres más que una palabra!», porque el que está demasiado seguro de que la verdad será recompensada, no tiene mucho mérito; sus buenas acciones no parecen más que una colocación ventajosa. Jesús no fué extraño á este sentimiento exquisito; más de una vez parece que su papel divino le pesó. Seguramente que no fué así con San Pablo; no tuvo su agonía de getsemaní, y es una de las razones que nos le hacen menos amable. Mientras que Jesús poseyó en el más alto grado lo que consideramos como la cualidad esencial de una persona distinguida, quiero decir el don de sonreír de su obra, de ser superior á ella, de no dejarse obsesionar por ella.»

Claro está que este Jesús de que así nos habla Renán, el escép-

tico, es un Jesús fantástico, es el Jesús de Renán, una creación literaria y no una idea religiosa. Eso de que Jesús sonriera de su obra, es más que gratuito. Muchos cristianos lo considerarán una blasfemia. Como no se tome la sonrisa en otro sentido más elevado que el sentido escéptico en que la tomaba Renán, pues en otro sentido más alto, que es la gracia, la gracia divina, más que una sonrisa de Dios sobre la Humanidad, flor de su creación. Pero á nosotros, no exentos, gracias á Dios, de un cierto fanatismo — aunque en constante lucha con el escepticismo —, nos indigna más el que Renán se atreva á llamarle á Jesús *persona distinguida*. ¡Persona distinguida! ¡Pero si el Cristo se pasó sus días de buena nueva persiguiendo con invectivas y sarcasmos á las personas distinguidas! Si fariseo quiere decir precisamente: ¡distinguido! Aunque no con el género de distinción á que en ese pasaje se refiere Renán.

El cual, más adelante, en su obra *L'Antechrist*, al despedirse del Apóstol, escribe: «Nos gustaría soñar á San Pablo escéptico, náufrago, abandonado, traicionado por los suyos, solo, atacado del desencanto de la vejez; nos agradaría que se le hubiesen caído otra vez las escamas de los ojos, y vuestra incredulidad dulce tendría su pequeño desquite si el más dogmático de los hombres hubiera muerto triste, desesperado — digamos más bien tranquilo — sobre alguna orilla ó algún camino de España, diciendo también él: «*Ergo erravi!*» (cap. VIII).

«¿Por qué de España?» — se preguntará algún lector —. Pero en esa expresión de Renán no hay simbolismo alguno. Es que San Pablo mismo manifestó su propósito de venir á España (Rom. XV, 28), y se ha discutido más de una vez si llegó ó no á venir. Pero aun no creyendo nosotros que Renán pusiese simbolismo alguno en ese detalle, podemos buscarlo, por nuestra parte, en él.

El gran escéptico, no del todo contento con su escepticismo, el de la incredulidad dulce, deseaba que el gran fanático, que el gran dogmático hubiese muerto escéptico, náufrago, abandonado, traicionado por los suyos, solo, atacado del des-





encanto de la vejez, triste y desesperado, en alguna orilla ó en algún camino de esta nuestra España, la de Don Quijote, de esta España fanática y dogmática en un tiempo, y hoy escéptica, náufraga, abandonada, traicionada de los suyos, sola, atacada del desencanto de la vejez, tris-

te y desesperada. Parece que las playas y los caminos de España — por estos caminos aporrearon á Don Quijote, y en una playa, la de Barcelona, fué vencido — se hicieran para albergar escepticismos de antiguos fanáticos.

Pero es cosa terrible cuando el fanático va á dar en escéptico, porque cae en el fanatismo del escepticismo, se hace un poseído, un energúmeno de la duda, y aun peor que de la duda: de la negación. ¿O es que el nihilismo no es un fanatismo también? ¿No cabe acaso dejarse poseer del dios de la nada, de aquella nada que el pobre escéptico ginebrino, que fué Federico Amiel, escribía en castellano? («Le résumé: *Nada! Journal*, 28 Agosto 1875.») ¿No fué acaso un fanático aquel Miguel de Molinos, el aragonés, que escribió en su *Guía espiritual* (párrafo 194) que el camino para alcanzar aquel alto estado del ánimo reformado por donde inmediatamente se llega al sumo bien, á nuestro primer origen y á la suma paz, es la nada? ¿No fué el quietismo de origen español, de este pueblo que lo quiso todo, y al no lograrlo se refugió en la nada?

¿Y si esa derrota hubiera sido porque en realidad este pueblo no fué un fanático, un verdadero fanático, un energúmeno, un poseído? Porque no fué poseído de idea alguna, sino de sí mismo. Porque fué, si queréis, un fanatismo puro, sin objeto, sin contenido, un fanatismo puramente formal. Porque el que parece estar lleno no más que de sí mismo, está vacío y no produce nada, no puede producir nada. Y el que produce algo, el que suscita ó crea ideas en los demás, es que posee ideas ó está poseído de ellas, más bien esto último.

Renán, el escéptico, poseía ideas, y destruye, disuelve las nuestras, y San Pablo, el fanático, estaba poseído de una idea, y crea y robustece ideas en nosotros. Sólo que á las veces nos hace tanta falta que nos destruyan ideas como que nos las creen.

Miguel de Unamuno

